

*Luis Rubio**

América del Norte: ¿qué queremos?

SUMARIO: I. Introducción. II. ¿De qué depende el futuro de la región? III. México y el TLC norteamericano. IV. México y su futuro. V. Conclusiones.

I. Introducción

El futuro no existe, sino que se va construyendo. Ese es el punto de partida de cualquier visión sobre el futuro de la región norteamericana, de la cual somos parte integral. El papel que las tres naciones de América del Norte decidan construir, con decisiones o con acciones, se verá sin duda constreñido por la cambiante realidad internacional, así como por los retos y oportunidades que ahí se vayan presentando.

Cada una de las tres naciones: Canadá, Estados Unidos y México, va a ser un factor decisivo en la consolidación de la región como un espacio activo y vital, pero sus características precisas y específicas resultarán de la interacción de tres sociedades complejas, de las decisiones que adopten sus respectivos gobiernos y de la dinámica que cobre la interacción formal e informal tanto a nivel gubernamental como social entre los tres países.

Este ensayo se propone analizar y discutir tres vertientes del desarrollo regional. En primer término, se discuten los conceptos esenciales de lo que es la región y lo que determina su evolución. En segundo lugar, se analiza el Tratado de Libre Comercio de Norteamérica como la estructura principal que sostiene la interacción entre las tres naciones y se derivan algunas conclusiones sobre sus implicaciones para el futuro. Finalmente, la tercera parte discute la problemática mexicana respecto al futuro de la región que, evidentemente, es un reflejo de la complejidad más grande que sufre el país para poder definir un futuro y comenzar a construirlo.

II. ¿De qué depende el futuro de la región?

Como se afirma en la primera línea de este ensayo, el futuro es producto del conjunto de decisiones y acciones que cada actor en un determinado ámbito le va im-

* Luis Rubio es Director General de CIDAC (Centro de Investigación para el Desarrollo, A.C.), institución independiente dedicada a la investigación en temas de economía y política.

primiendo a un proceso social. Es decir, el futuro no es producto de la casualidad sino de la acumulación de pequeñas y grandes acciones y decisiones, dentro del marco relevante. En este sentido, el devenir de la región norteamericana será producto de dos vertientes claramente diferenciadas: por un lado la dinámica intra regional (los intercambios de todo tipo que se den entre los gobiernos y las personas) y los factores que la hacen funcionar o que le impiden desarrollar su potencial al máximo. Por otro lado, las nuevas realidades mundiales y la forma en que éstas se manifiesten como oportunidades y límites para la región.

La primera dimensión habla de los elementos que han sido acordados entre los respectivos gobiernos o que las poblaciones han adoptado por su propia cuenta. La segunda refleja la realidad política y geopolítica de la región así como la evolución de las relaciones internacionales y del comercio a nivel mundial. Cada una de éstas amerita una discusión en sí misma.

Los gobiernos interactúan de manera cotidiana, igual en la definición de prioridades, líneas de acción y estrategias comunes, que en la resolución de problemas concretos y situaciones coyunturales. Claramente, las definiciones fundamentales que realizan los gobiernos tienen un gran peso en la conformación de un futuro y esa es la razón por la que, en el tema en discusión, lo fundamental reside en comprender la lógica del TLC norteamericano como base y sustento de una lógica regional. Pero no debe uno subestimar las interacciones que caracterizan a los gobiernos, a todo nivel, de manera cotidiana. Decisiones como las de construir una barda o un muro en la frontera México-Estados Unidos constituyen una realidad que ningún tratado puede ignorar; lo mismo es cierto de la forma en que se negocian y resuelven conflictos relativamente menores: de orden comercial o migratorio, policiaco o diplomático. Cada elemento en el actuar entre dos o más gobiernos va conformando un patrón que establece oportunidades y límites en el proceso de construcción de un futuro.

Sin los medios y caminos establecidos por los gobiernos sería imposible imaginar la vinculación entre las personas. Es decir, si los gobiernos deciden construir impedimentos casi absolutos a la interacción entre personas, como ocurría entre el bloque soviético y el mundo occidental, la vinculación va a ser mínima. Sin embargo, en el momento en que existe una estructura que permite esos vínculos, las personas los desarrollan y llevan al máximo de su potencial o interés. El caso de la región norteamericana es más que evidente: los intercambios entre las personas trascienden las fronteras y se han constituido en el verdadero factum de la relación. El hecho de que alrededor del 40% de los mexicanos tenga un familiar directo viviendo en Estados Unidos constituye una realidad no sólo social, sino también política y económica y, por lo tanto, un ineludible componente de la conformación del futuro.

Las interacciones entre las personas son imponentes: 44 millones de personas cruzan la frontera anualmente; se comercian 800 billones de dólares entre los tres países del TLC, la mitad de ellos entre México y Estados Unidos; el número de minutos de comunicación telefónica entre Estados Unidos y México se ha multiplicado por 10 en los últimos tres lustros; se estima que hay alrededor de

22 millones de mexicanos residentes en Estados Unidos, de los cuales al menos dos terceras partes nacieron en México; aproximadamente 4 millones de estadounidenses vive en México de manera permanente. Las personas están construyendo esta relación y le van dando forma día a día.

Más allá del interactuar entre los gobiernos y las personas, la región norteamericana se inscribe en el contexto de naciones que a su vez comercian, compiten y desarrollan vinculaciones y conflictos de naturalezas diversas. Siendo la potencia que es, Estados Unidos tiene una multiplicidad de vínculos con virtualmente todas las naciones del mundo y en planos que nada tienen que ver con México (y que incluye temas militares, políticos, diplomáticos comerciales y demás). Además, la dinámica económica que ha resultado de la crisis financiera de los últimos años implica cambios en relaciones que sí afectan a México de manera directa: por ejemplo, el futuro del dólar como moneda de reserva, la tasa de crecimiento de la economía estadounidense, el ritmo de crecimiento de sus importaciones, la relación comercial con China, etcétera. El marco geopolítico va a sufrir cambios fundamentales en los próximos años que, sin duda, afectará el devenir de la región norteamericana y, con ello, nuestra relación con Estados Unidos y Canadá por un lado, y con el resto del mundo por el otro.

III. México y el TLC norteamericano

El Tratado de Libre Comercio que se negoció originalmente entre Estados Unidos y México al inicio de los noventa ha cambiado la lógica tanto económica como política de México. Relaciones que antes eran tensas y distantes, propensas a conflicto permanente, han evolucionado hacia una interacción frecuente y efectiva entre los dos gobiernos. Para México, la decisión de plantear una negociación con Estados Unidos representó un viraje fundamental no sólo de estrategia, sino de los conceptos esenciales de la política mexicana. Independientemente de los antecedentes históricos que caracterizan a esta relación tan compleja, comenzando por la invasión norteamericana de 1846, los gobiernos post revolucionarios utilizaron a Estados Unidos como coartada y mecanismo de distracción. La concepción del país vecino como adversario en una justa histórica trasminaba todas las decisiones y discursos gubernamentales. Desde esta perspectiva, es clave comenzar por los elementos que llevaron a la integración comercial norteamericana.

Hay que comenzar por el principio: ¿por qué el TLC? México propuso la negociación de un tratado de libre comercio con Estados Unidos siguiendo el modelo que Canadá ya había establecido unos años antes pero por razones muy distintas. Canadá y Estados Unidos ya tenían un nivel elevado de interacción comercial y habían establecido un acuerdo en materia comercial para el sector automotriz (el "auto pact") desde 1965. Para Canadá, la negociación de un TLC con Estados Unidos a inicio de los ochenta tenía objetivos muy concretos y, esencialmente, lógicos para un país ya de por sí exitoso. Por dos décadas, Canadá

había seguido una política económica y comercial orientada hacia la diversificación de sus intercambios. Sin embargo, en ese periodo no logró sino concentrarlos más. Por esa razón, la lógica canadiense en la negociación de un tratado amplio y comprensivo era muy distinto al que luego caracterizaría el planteamiento, o al menos la racionalidad detrás de la propuesta mexicana. Canadá perseguía elevar sus niveles de productividad como medio para ser más competitivo a nivel mundial y, por esa vía, diversificar su comercio.

Para México las motivaciones al plantear una negociación eran muy distintas. Hasta ese momento, dos gobiernos mexicanos en sucesión habían llevado a cabo un número importante de reformas económicas en materia de inversión, empresas paraestatales, apertura comercial y regulación económica y, sin embargo, no había habido una mejoría en la tasa de crecimiento de la economía o en los índices de inversión nacional o extranjera. Eventualmente, el gobierno mexicano comprendió que años de inestabilidad económica y cambios en las políticas gubernamentales habían creado un entorno de desconfianza e incredulidad en los mercados financieros y entre los empresarios nacionales y extranjeros que tenía que ser atendida. Bajo esta lógica, lo importante para México era lograr un sentido de garantía institucional a las incipientes reformas económicas de los años anteriores. El objetivo era rebasar los impedimentos internos para lograr un consenso que permitiera elevar la productividad y, con ello, el bienestar de los mexicanos. Luego de buscar respuestas a esa lógica dentro del país, el gobierno optó por recurrir al “enemigo histórico” como fuente de la garantía que deseaba.

Veinte años después de iniciadas las negociaciones, el panorama es complejo. Los intercambios comerciales y de toda naturaleza han crecido de manera geométrica. Sin embargo, México no ha logrado resolver sus desigualdades y, aunque ha logrado disminuir los índices de pobreza, es claro que no toda la población avanza hacia el desarrollo o la modernidad. Es decir, México no ha convertido al TLC, y a la estrategia económica inherente a la liberalización comercial, en un instrumento capaz de transformar integralmente al país por medio de avanzar en el objetivo inicial de elevar los niveles de productividad, crecimiento económico y bienestar. La gran pregunta es cómo cerrar las brechas que persisten. Este factor está íntimamente vinculado al futuro de Norteamérica.

¿Qué es América del Norte? En las dos décadas pasadas, la región ha experimentado un proceso de creciente integración en todos los aspectos, unos positivos y otros negativos. Como muestran los números citados previamente, los intercambios regionales son crecientes en todos los rubros. Legal o ilegal, existe un mercado laboral perfectamente integrado. También existe una integración en los mercados de armamentos y drogas. Los intercambios culturales son crecientes y la interacción político-diplomática es estrecha. Sin embargo, a pesar de estos indicadores de integración, no es fácil caracterizar a la región como un bloque.

Un bloque podría definirse de muchas maneras. En su mínima expresión, implicaría un conjunto de intercambios que podrían ser de diversos tipos, variedad y profundidad. Con este rasero es evidente que la región norteamericana

existe y que su dinamismo es comparable, y en muchos sentidos superior, al de regiones como la Unión Europea o la asiática. Si uno profundiza e incorpora otros elementos y valores, como podría ser la existencia de un conjunto de objetivos compartidos, la situación comienza a cambiar. Desde su concepción, el TLC norteamericano asumió un conjunto de objetivos específicos y limitados, en franco contraste con el esquema que han seguido las naciones europeas. Los objetivos que se comparten son exclusivamente económicos y comerciales y se excluyen explícitamente los de naturaleza política o de política exterior.

Esta concepción no modifica en sentido alguno el hecho de que exista una región económica crecientemente integrada, pero si describe una definición de bloque muy distinta a la que caracteriza a Europa, donde se comparten estrategias de desarrollo, instituciones de gobierno y una constitución. Pero quizá lo más importante no reside en el hecho de la integración sino en la ambigüedad que los mexicanos hemos mostrado respecto al futuro de la región.

En los últimos dos años hemos podido apreciar la importancia económica que tiene Estados Unidos para México. Con el colapso de dos de los sectores punteros en la actividad económica de nuestro vecino norteño, el automotriz y el de construcción, la economía mexicana experimentó una recesión sin precedentes en los últimos tiempos. Esta situación evidencia la importancia que la economía estadounidense ha adquirido como motor de la economía mexicana. Al mismo tiempo, al contraerse la economía mexicana mucho más que la estadounidense, se confirmó la existencia de enormes problemas estructurales en la economía mexicana. Lo importante es que era la derrama de esos sectores clave lo que permitía mantener en funcionamiento la economía mexicana. Pase lo que pase con la economía norteamericana, México tiene que resolver sus propios problemas estructurales, que son independientes de la evolución regional pero que pueden acabar imprimiendo una dirección por la parte que corresponde a nuestro país.

Es importante entender la trascendencia del TLC norteamericano en el devenir de la economía mexicana en estos años. En el TLC se conjugaron dos fuerzas y objetivos que para muchos parecían antagónicos: la recuperación de la capacidad de crecimiento de la economía mexicana y la despolitización de las decisiones de inversión de las empresas e inversionistas. La necesaria revisión de los alcances, logros y perspectivas del mismo debe llevarnos a reconocer que el principal problema del TLC es que éste no ha beneficiado de manera amplia más que a una porción relativamente pequeña de la economía y de los mexicanos. Los resultados que arrojan los primeros lustros son mucho mejores de lo que anticipaban muchos de sus promotores, y dramáticamente distintos de los que advertían sus detractores. Pero el TLC no es un fin en sí mismo ni la panacea terrenal: es, en potencia, un instrumento excepcional de transformación económica. De no complementarse el TLC con un conjunto de políticas gubernamentales orientadas a convertirlo en una fuerza de cambio, acabaremos desperdiciando su extraordinario potencial.

A pesar de la crisis económica que vivimos en este momento, el TLC constituye una herramienta excepcional para el desarrollo de la economía mexicana,

toda vez que permite atraer inversión extranjera directa -lo que se traduce en empleos, transferencia de tecnología, oportunidades de exportación indirecta (a través del desarrollo de proveedores) y entrenamiento para los trabajadores y empleados- y genera seguridad de acceso al mercado americano para las exportaciones mexicanas. No menos despreciable es la certidumbre que ofrece la existencia misma del TLC respecto a la continuidad de ciertos principios básicos de la política económica gubernamental. De una manera o de otra, México estaría muchísimo peor de lo que está si no contara con ese tratado. Pero, a final de cuentas, lo que determina la eficacia del mismo es el uso que se le de y ese es el factor medular del devenir de la región.

No obstante la importancia que tiene la región y el TLC para México y su trascendencia en términos económicos, los mexicanos seguimos teniendo una postura un tanto ambigua. Las encuestas tienden a mostrar una población convencida de la importancia de la región para el futuro del país, pero no necesariamente optimista sobre los beneficios que eso puede implicar. Por una parte, los mexicanos ven en América del Norte una mayor estabilidad y potencial económico de lo que perciben internamente o hacia el sur. Por otra parte, existe un sentido de pertenencia hacia las naciones con las que compartimos historia, cultura y lenguaje.

En cierta forma, los mexicanos hemos desarrollado una especie de "esquizofrenia" respecto a nuestras lealtades hacia el sur y hacia el norte. En esa dicotomía chocan emociones y realidades, sentimientos e intereses, pero también temores de pérdida de identidad o de soberanía. En términos "estratégicos", México nunca ha definido si quiere intentar ser la cabeza de un ratón o la cola de un león. Esta manera coloquial de definir el conjunto de dilemas que aquejan al mexicano es muy explicable. En esa expresión se suma la historia de muchas familias de mexicanos que se han dividido y cuyo bienestar depende de lo que reciben "del otro lado", con impresiones de la cultura norteamericana que chocan con las tradiciones mexicanas. Al mismo tiempo, muchos mexicanos observan la forma en que naciones como Brasil han logrado descollar y no ven razón por la cual México no pudiera estar haciendo lo mismo.

IV. México y su futuro

Parece evidente en estas disquisiciones que el tema de fondo no es la región norteamericana sino la incapacidad de los mexicanos de articular un sentido de dirección, un proyecto de desarrollo y el liderazgo necesario para llevarlo a la práctica. Por lo que respecta a México, el futuro de la región norteamericana es más una consecuencia de otras decisiones que el país tendrá que tomar para resolver sus propios dilemas y aspiraciones de desarrollo. Al mismo tiempo, la mayoría de los mexicanos ven en Norteamérica una garantía de estabilidad y viabilidad para el país en su conjunto. Una pregunta fundamental es si ambos

procesos, el de la definición interna y el de la pertenencia a una región, son contradictorios. Si uno le pregunta a los españoles o a los polacos, la respuesta sería que ambos procesos se refuerzan. Los mexicanos todavía tenemos que resolver el dilema.

Mucho de esta discusión es abstracto y hasta etéreo porque, en la práctica, el país ha experimentado una creciente integración y, como ilustran los patrones migratorios, la población mira hacia el norte cuando piensa en términos de su desarrollo personal. Mucha de la discusión es entre políticos e intelectuales, donde las opciones y oportunidades, al menos en potencia, son múltiples y de diversa índole. Hay factores que unen y factores que separan. En ese contexto es fácil entender que lo que nos une en la región se vincula esencialmente con los elementos económicos y la realidad geopolítica, en tanto que lo que nos separa tiene que ver con la historia, la cultura y el lenguaje. Lo mismo no es cierto para el ciudadano común y corriente, cuya claridad mental le lleva a decisiones definitivas, como la de migrar, no necesariamente porque esa es primera preferencia, sino porque es su única opción.

No es sólo la ambigüedad en términos de identidad lo que es importante aquí. El hecho es que el país sigue evidenciando la existencia de dos Méxicos con realidades, niveles de pobreza y perspectivas de desarrollo muy diferenciados. Desde una perspectiva analítica, es fácil explicar las razones por las cuales el país no ha logrado transformarse de manera integral, los impedimentos que persisten y las dificultades que caracterizan a regiones enteras para poder sumarse a los circuitos ganadores de la producción, el comercio y la inversión. Pero veinte años después de iniciado el proceso integrador tampoco es posible ignorar que, independientemente de las causas, los beneficios de la integración han sido desiguales y, en muchos casos, inexistentes.

Esta realidad social y política pone a México en una compleja tesitura. En el debate público y en las diversas propuestas de ataque a la crisis de los últimos tiempos se parte de la premisa de que los problemas nacionales tienen que ser resueltos internamente. Nadie en su sano juicio puede rechazar ese punto de partida. Sin embargo, los críticos de la integración regional y de la estrategia de apertura y liberalización económica tienden a suponer que los dilemas estructurales que caracterizan al país no tendrían que ser resueltos para poder ser exitosos en el plano económico; es decir, que si se restaurara la función gubernamental como motor del crecimiento y rector del desarrollo los otros problemas que se han evidenciado en estas décadas desaparecerían casi como por arte de magia. La historia previa al inicio de las reformas económicas de los ochenta es testigo de las limitaciones de una estrategia fundamentada en el gasto público como motor del crecimiento.

Este ensayo no se propone debatir o abogar por las ventajas o debilidades de una estrategia de desarrollo fundamentada en la liberalización frente a las que se derivarían de un mayor activismo gubernamental. Por el contrario, el tema esencial es que, independientemente de los instrumentos que emplee, el gobierno tiene una función fundamental en la conducción del desarrollo y el gasto pú-

blico es tan solo uno de esos instrumentos. Mucho más trascendente que el gasto en sí mismo es el clima que crea el gobierno para que sea posible el éxito económico del país y eso implica temas como el educativo y la infraestructura, el desarrollo tecnológico y la funcionalidad de las aduanas, la resolución de conflictos laborales y contractuales y la movilidad de la mano de obra. Todos estos son temas esenciales que no tienen que ver con una modalidad particular de la acción gubernamental y sin los cuales el desarrollo, en el contexto nacional y regional, es imposible.

La región norteamericana tiene una característica evidente que nos distingue del caso europeo. A diferencia de otras regiones geográficamente integradas, el peso relativo de Estados Unidos es indiscutiblemente mayor al de sus dos vecinos. En ese sentido, el futuro de la región va a depender tanto de lo que hagamos internamente cada uno de las tres naciones como de la evolución que experimente el mundo: ¿persistirá un centro hegemónico o nos moveremos hacia una multi polaridad? ¿Retornará el mundo hacia un esquema de comercio abierto o se fortalecerá la lógica de bloques con protecciones respecto al resto del mundo? ¿Qué papel jugará la seguridad en el desarrollo futuro? ¿Cómo resultará el viraje de China hacia el mercado interno? Cada una de estas interrogantes entraña disyuntivas medulares para el devenir de la región.

Desde la perspectiva mexicana, el futuro de la región tendrá dos dinámicas: una, la interna, resultará de la capacidad que desarrollemos los mexicanos para elevar nuestros niveles de productividad, integrar a las regiones más atrasadas y adoptar los esquemas de desarrollo, regulación económica e institucional que sean requeridos y que hemos eludido por muchos años. Los mexicanos no hemos logrado definir el tipo de desarrollo al que aspiramos ni hemos podido articular las políticas públicas que serían necesarias para hacerlo posible. Nuestros gobiernos cambian y no existe continuidad. En lugar de que se complementen estilos y capacidades distintas, propias a partidos y personas diferentes ejerciendo el poder, nuestra propensión es a inventar el país cada seis años. De no haber habido un TLC, el país seguiría en las crisis de los veinte años previos a su negociación. En este sentido, la dinámica regional ha permitido, de hecho ha obligado, al país a mantener una dirección en su estrategia de política económica que trasciende los cambios de gobierno y veleidades de los responsables de conducirlos. Sin embargo, es claro que esa función del TLC es muy limitada y muy inferior al potencial que representa.

La otra dinámica es la regional: en qué medida habrá capacidad en las tres naciones para reducir costos de transacción, elevar los niveles de integración, resolver problemas de manera conjunta y, en una palabra, avanzar hacia la consolidación de una economía regional. En ausencia de estructuras institucionales regionales, como las que caracterizan a la región europea, aquí cada una de las tres naciones tendrá que ir contribuyendo a la integración regional. Factores como la seguridad y el terrorismo por parte de Estados Unidos se han convertido en los últimos tiempos en elementos distractores del proceso y en obstáculos potencialmente insalvables a la integración, pero no son los únicos. La incapacidad

del sistema educativo mexicano para desarrollar personas con habilidades que les permitan elevar la productividad y triunfar en la vida limita la posibilidad de asimilar nuevas tecnologías e inhibe la instalación de inversiones con mayor potencial de agregación de valor.

V. Conclusión

Hay dos factores que van a determinar el futuro de la región norteamericana. Uno tiene que ver con la dinámica que le imprimamos las tres naciones a los procesos de integración y la otra tiene que ver con nosotros los mexicanos. Cada uno de los tres países que integran la región –Canadá, Estados Unidos y México– tiene circunstancias distintas. Algunas de ellas han sido mencionadas en este texto, en tanto que otras resultan de la historia, la fortaleza militar y las circunstancias particulares de cada nación. El TLC abrió un potencial de desarrollo que se concibió y estructuró hace veinte años, bajo un marco de referencia que hoy ya no existe. Recordemos que el TLC nació en el contexto de la guerra fría, donde existían dos superpotencias y el desarrollo de México era asunto de seguridad nacional para Estados Unidos. Veinte años después las cosas han cambiado: ya no existe la Unión Soviética, la política estadounidense ha perdido la coherencia a que le obligaba la guerra fría (y que le permitía discriminar los temas internacionales con facilidad), la seguridad ha adquirido una enorme importancia y la crisis económica reciente ha replanteado muchos de los criterios tradicionales de política económica.

Por si lo anterior no fuera suficiente, en estas décadas han proliferado los tratados de libre comercio, con la consecuencia de debilitar las ventajas que México había logrado con el suyo propio. En suma, el TLC se ha quedado estancado, los desafíos de la crisis actual son descomunales y la ausencia de liderazgo respecto a los procesos de integración de la región ha impedido que se discutan y elaboren opciones y alternativas. Desde esta perspectiva, la región enfrenta una disyuntiva muy clara. Puede, por un lado adoptar medidas que poco a poco vayan avanzando el proceso integrador o puede, por otro lado, dejar que los intereses particulares y la inercia continúen erosionando las ventajas que originalmente aportó el TLC.

En términos agregados, se puede afirmar que las disyuntivas que enfrenta la región norteamericana se pueden categorizar en dos grandes grupos: aquellas que contribuyen a la profundización de la integración y aquellas que aceleran la erosión de la misma. Los temas son los mismos: la diferencia reside en cómo deciden los respectivos gobiernos responder ante ellos. Por ejemplo, un acuerdo regional que permita la movilidad laboral aceleraría los procesos de integración, obligaría a la redefinición de los esquemas educativos en México y forzaría a los tres países a enfocarse hacia el crecimiento de la productividad. En sentido contrario, la consecución de un muro fronterizo y de limitantes diversas a la migra-

ción llevarían a la disminución de los intercambios, una menor posibilidad de construir proyectos compartidos y a un enconchamiento de los intereses más retardatarios en los tres países. Algo similar se puede decir de los programas de cooperación en materia laboral y ambiental, donde la adopción de reglas y criterios comunes orientados no sólo a la atención de estos temas, sino también a la integración regional, contrastaría con la adopción de mecanismos distintos en cada país, orientados no a la integración sino a la protección. Los temas de competencia económica ofrecen un panorama igual: regulaciones comunes incrementarían la competencia, mientras que la alternativa sería el ascenso de los conflictos comerciales.

En suma, en la medida en que cada país adopte medidas propias en materia de regulación, producción, alimentos, competencia, transporte, infraestructura y demás, disminuirá el potencial de desarrollo de la región, y así el de cada uno de sus integrantes. En sentido contrario, una mayor cooperación, la adopción de medidas comunes y, sobre todo, la decisión política de acelerar la integración conducirían a la transformación de Norteamérica y con ello, a la oportunidad de desarrollo de México.

La gran paradoja es que los mexicanos tenemos mucho más que decir, y decidir, del futuro de Norteamérica, de lo que muchas veces suponemos. En la medida en que los mexicanos, como gobierno, país y como sociedad, nos volquemos hacia el desarrollo y seamos capaces de definir nuestras prioridades y construir los andamios necesarios para lograrlo, Norteamérica se convertirá en el principal instrumento, en la palanca que nos hace falta para dar el gran salto requerido. En sentido contrario, en la medida en que seamos incapaces de organizarnos y estructurarnos, seremos incapaces de proveer las fuerzas que la población mexicana –por su estructura demográfica, creatividad y disposición– podría conferirle al éxito de Norteamérica. En cierta forma, el futuro de la región depende mucho más de lo que México logre en su propio proceso transformativo que de lo que pudieran llegar a aportar las otras dos naciones. México es el país con mayor potencial de crecimiento de Norteamérica: nuestro reto es convertir ese potencial en realidad.